

—Y callar mucho.

—Pues calleemos.

Y los estudiantes se derperdigaron y se fueron cada cual por su lado.

Indudablemente, el alcalde Portocarrero, con su semblante afable y su palabra reposada y tranquila, se habia hecho temer más en una hora, que el alcalde Santillana con todo su terrible carácter en un año.

Esto consistia en que el alcalde Portocarrero hacia justicia sin exasperar y de la manera más suave posible.

XI.

Seguidamente, y como ya era hora de ser recibido en audiencia, el alcalde Portocarrero fué á rendir el homenaje de sus respetos como se debia á una sobrina del rey, á doña Ana de Austria; y despues de la audiencia, que apenas duró un cuarto de hora, se volvió á su casa.

CAPITULO XI.

De cómo el alcalde Portocarrero se llenó más y más de confusiones, y encontró motivo para aprovechar la ligereza de Anguila.

I.

Era ya mediodia, cuando Portocarrero llegó á su casa y se puso á comer tranquilamente la vianda que le habian llevado de la pastelería de Gabriel de Espinosa.

—Podeis decir á vuestro amo, dijo el alcalde Portocarrero, cuando hubo acabado de comer, al mozo que le habia llevado la comida, que puede venir cuando quiera.

El mozo recogió en una cesta los platos y el servicio, y se marchó.

Poco despues, un algnacil dijo al alcalde que el pastelero Gabriel de Espinosa venia á ponerse á sus órdenes.

El alcalde Portocarrero le hizo entrar.

II.

Gabriel de Espinosa entró acompañado de Sayda Mirian y de Gil Perez.

—Bien venidos, amigos mios, les dijo el alcalde Por-

tocarrero; sentáos, porque tenemos que hablar largamente.

—Permaneceremos muy bien de pié, como debemos, por respeto á vuestra señoría, dijo Gabriel de Espinosa.

—Nada menos que eso, que no pretendo cansaros, y creo que esa señora no podria estar mucho tiempo de pié.

Sayda Mirian se ruborizó, porque el alcalde, que la habia mirado fijamente de alto á bajo, aludia á su avanzado estado de maternidad, que no podia completamente disimular.

A una tercera indicacion del alcalde se sentaron, y Gabriel de Espinosa vió con grande ansiedad, aunque la disimuló, que el alcalde, como si le diera calor el bonete, se lo quitó y lo puso sobre la mesa.

¿Era esto una señal de respeto, un lazo que le tendia, ó una casualidad? ¿Sabria algo la Chancillería de Valladolid? ¿Habria dado instrucciones al alcalde Portocarrero?

Gabriel de Espinosa se puso muy sobre aviso, pero no dió señal alguna del más leve recelo.

—Ante todo, dijo el alcalde, debo daros las gracias por la comida que me habeis enviado.

—En mi casa se sirve bien de muy antiguo, y sobre todo á personas tan calificadas como vuestra señoría, dijo Gabriel de Espinosa.

—La olla podrida estaba exquisita, dijo el alcalde.

—Como que es la misma que se ha preparado para esos tres grandes señores de Portugal, dijo Gil Lopez.

—Sí, sí, verdadera olla podrida de rey; particular-

mente la empanada de ánade era un verdadero *bocato di cardinale*; ¿la habeis hecho vos, señor Gabriel de Espinosa?

—¡Ah! No, no señor, dijo Gabriel de Espinosa sonriendo; yo no se hacer pasteles, ni aun me gusta.

—¡Y sin embargo, sois pastelero! ¡Cosa extraña! Esto es lo mismo que si yo fuese alcalde sin saber leyes.

—Pues va á ver vuestra señoría que nada tiene esto de extraño. Me llaman el pastelero de Madrigal, porque mis padres fueron pasteleros, y porque soy dueño de la pastelería que me han dejado en herencia, y con la que continuó, porque no tengo otra cosa con que vivir, y porque la gobierna mi tío Gil Lopez, vuestro servidor que está delante, y que es un gran pastelero, como vuestra señoría ha podido ver por la empanada que ha comido.

—Ya decia yo; teneis las manos muy finas para que pudiese creerse que andaban en la masa.

—De todo aquello con que trabajan las manos de un hombre, solo hay una cosa que ni las embastece, ni las encallece, señor alcalde, y esta cosa es la espada.

—Teneis mucha razon, hidalgo.

—Lo habeis dicho á bulto; pero habéislo acertado, señor alcalde; hidalgo soy, y más que hidalgo, á pesar de lo pastelero; hidalgos fueron mis padres, é hidalgos mis abuelos, y de los más antiguos y solariegos; como que somos de los monteros de Espinosa; y ya sabeis cuán nobles son los que vienen de Espinosa de los Monteros.

Gabriel habia dicho estas palabras de una manera fácil y sencilla, y sin permitirse la más leve entonacion que hubiera podido ofender al alcalde.

—Grande lástima es, dijo el alcalde, que un tan noble apellido haya venido á dar en una pastelería; porque sin que os ofendais, señor Gabriel de Espinosa, vos conocéis muy bien que un pastelero no puede ni debe ser un hombre noble.

—¿Y qué quiere vuestra señoría? Las familias vienen á menos, y más vale que un hombre noble y pobre se gane la vida en un oficio honrado, que no el que dé en hechos malos y reprehensibles.

—Indudablemente, señor Gabriel, indudablemente.

—Y no es esto que yo no piense como vuestra señoría en lo de que no se une bien lo noble á lo pastelero; y tanto es así, que muy joven aún, como que apenas tenía diez y ocho años, me salí de casa de mis padres, y con un dinerejo que me dieron, y un rocín, tomé bandera; porque lo noble sienta muy bien junto á lo soldado; ¿no es verdad?

—Créolo así. ¿Conque soldado habéis sido?

—Hasta hace muy poco tiempo, y me he hallado en más de una campal batalla, que guardará siempre la historia.

—Verdad es, que teneis bien herida una mano.

—Y herida la cabeza, y herido todo el cuerpo; porque yo he sido de los soldados á quienes gusta acercarse al enemigo hasta poder asirle por los bigotes.

—Debeis de haber sido muy gran soldado, porque teneis muestras de grande aliento, y ya no extraño que os sacara tan de quicio el perdido de esta mañana; pero estad tranquilo, porque me parece, me va pareciendo que le ahorco.

—Indulgente quisiera á vuestra señoría con él en lo que fuere compatible con la justicia; porque si bien yo esta mañana, ciego de cólera, le hubiera hecho pedazos, á no ser porque me lo impidieron, ya vuelto á la razón, conozco que los estudiantes son gente mal acostumbrada y procaz, y que si hubieran de llevarse á cuerda tirante sus demasías, habríanse de cerrar las aulas por lo insolentes que son, y por lo á que dan lugar por lo mal criados.

—De modo, que vos, á no haberos ensoberbecido su insolencia, por lo que tan de cerca os tocaba, no le hubiérais muerto.

—No, señor alcalde; á no haberme irritado sus insultos, me hubiera satisfecho con darle una tal vuelta de cintarazos, que le hubiera puesto un mes en la cama entre si se va ó se viene; y como la justicia viene de Dios, y es como Dios divina, y como Dios, ni puede ni quiere encolerizarse, y como no ha habido sangre ni afrenta irremediable, ni más que insolencia provocativa, sin que sea visto que yo me entrometa á dar consejos á vuestra señoría, ni á interpretar las leyes, paréceme que con sacarle en un asno y darle una vuelta de azotes á pregon y ponerle á la vergüenza, y esto por lo de la bofetada al alguacil Anguila, que por lo de su atrevimiento á María Juana y por sus insolencias á mí, nosotros le perdonamos, habria bastante para que el bachiller le pesase de lo hecho y para que los otros escarmentasen.

—¿Sabeis que parecis tambien letrado? dijo el alcalde Portocarrero.

—Ley que no pueda esplicarse por la luz natural del

entendimiento comun, seria una mala ley, que causaria más daño que beneficio.

—Acabais de sentar una gran máxima de derecho; y en verdad, un mismo delito puede ser más ó menos grave, segun las circunstancias; no es justo castigar del mismo modo al que se insolenta con la justicia, que al que hace armas contra ella; no es lo mismo dar una bofetada que una herida, y hay que tener en cuenta lo más ó menos respetable del ministro de justicia que ha sido abofeteado; aunque la justicia lo mismo está representada por un mezquino alguacil que por un gran príncipe; sin embargo, y ya que vos perdonais lo del insulto y la provocacion, veremos si el señor Anguila perdona la bofetada, y buscaremos una callejuela á la ley, para que el dogal se convierta en pena, y en vergüenza la sepultura; porque os afirmo tambien, que aunque yo me lavo las manos como Pilatos, que aunque la sentencia de muerte que yo firmo, no proviene de mí, sino del delito del sentenciado, se me hace muy duro, no habiendo estado nunca en Madrigal, entrar en él ahorcando al dia siguiente de un indulto otorgado por su majestad á delitos mayores.

—Acompañada de la clemencia, resplandece más la justicia, dijo Gabriel de Espinosa con un acento y una expresion tal, que el alcalde Portocarrero se puso más en respeto de lo que lo estaba por el pastelero.

—Vos no sois hombre comun, dijo.

—Venimos á lo del señor don Rodrigo de Santillana, que pensaba lo mismo que piensa vuestra señoría; voy á contestar á vuestra señoría lo mismo que contesté al se-

ñor alcalde de Santillana; soy soldado desde mi juventud, he tratado con muy grandes señores, y se me ha pegado algo de ellos; me he acostumbrado á las bizarrías de soldado, y parezco más de lo que soy.

—Todo en vos, señor Espinosa, maravilla y suspende, dijo el alcalde Portocarrero; os llamais pastelero, y lo sois sin duda, y pareceis un gran señor; la nodriza de vuestra hija viste humildes paños, se llama lisamente María Juana, y parece una gran señora disfrazada.

—Y esto que parece una conversacion, señor alcalde, dijo Gabriel de Espinosa, no es más ni menos que un interrogatorio.

—Eso viene á ser, dijo benévolamente el alcalde Portocarrero, y creo que vos comprendereis bien que en esto cumplo con mi obligacion, y que me informo de vos por vos mismo, de una manera cortés y sin mala prevencion.

—¡Oh! Indudablemente, señor alcalde; y esto me obliga á informaros por completo: vais á ver lo que ya ha visto el señor alcalde Santillana.

III.

Gabriel de Espinosa sacó la misma cartera que en otra ocasion, y entregó al alcalde Portocarrero, para que los examinase, los mismos papeles que habia hecho ver á don Rodrigo de Santillana, y cuyo contenido conocen ya nuestros lectores.

—Puesto que estais indultado de una muerte que hicisteis, dijo el alcalde Portocarrero devolviendo los pa-

peles á Gabriel, que teneis las pruebas de haber servido lealmente á su majestad en sus guerras, de que el Papa os conoce y os aprecia, de que valeis mucho, puesto que una gran dama se ha prendado de vos, y otra dama os acompaña encubierta para criar á vuestra hija, ó que tal vez, perdonadme la malicia, señor Espinosa, esa misma gran señora está delante de mí, encubierta bajo un humilde traje, yo os aprecio tambien, y os juro mi secreto; no hay por qué os ruboricéis, señora, añadió el alcalde Portocarrero viendo el encendido color que habia cubierto las mejillas de Sayda Mirian; vuestra turbacion me prueba que no me he engañado, que vos sois la gran dama con cuyo amor está favorecido el señor Espinosa; si esto nada tiene de extraño, porque el amor es el señor tiránico que hace doblar la cerviz á los más soberbios, y vos, señora, seais quien fuéreis, valeis tanto, que no hay disfraz, por humilde que sea, que pueda encubrir vuestra valía.

—Pues bien, señor alcalde, vos me pareceis, y creo no engañarme, un gran caballero, dijo Gabriel de Espinosa, y como tal, os demando la promesa de guardar un profundo secreto acerca de lo que voy á deciros, puesto que nada encontráis en mí que sea en ofensa y servicio de Dios ó del rey nuestro señor.

—Por mi honor, como noble y como caballero; por mi fé, como cristiano; por mi rectitud como alcalde, yo os juro olvidar lo que me dijéreis para no decirlo á nadie, ni aún á mi confesor.

—Pues bien, señor alcalde: yo soy lo que os dicho; Gabriel, hijo de Juan de Espinosa y de su mujer Mari-

Perez; dicen algunos que estos no fueron mis padres, sino que morando en Toledo, me encontraron en el cajon de los expósitos de la iglesia mayor de Santa María; y aunque parece probar esto el que mi partida de bautismo no se encuentra, ni como expósito, ni como hijo legítimo de los antedichos, ellos por su hijo me tuvieron, su hijo me confesaron, y herencia me dejaron como á hijo; Gabriel de Espinosa me he llamado siempre, y noble soy, ya sea legitimamente expósito, porque bien sabéis que los expósitos los adopta el rey, y los tiene por hijos y los cria.

—Decís bien, señor Espinosa, contestó el alcalde Portocarrero; pero continuad, porque vuestra relacion me interesa.

—Vivian mis padres en Toledo cuando empecé á ser mozo, y como aunque nobles eran pobres, y no podian enviarme á Salamanca, me pusieron á oficio, y fui tege-dor de terciopelos; pero el telar y la lanzadera me enfadaban, que no habia yo nacido para oficios mecánicos, y habiéndose trasladado mis padres á Madrigal, dos años despues de su nuevo avecindamiento, al cumplir mis diez y ocho, como pasase por la villa un capitan de reclutas, tomé bandera con licencia de mis padres, y fuíme á Italia, donde peleé cuatro años con los franceses, en la compañía de hombres de armas del capitan Avellaneda; volvi con licencia al pueblo, y por aquel tiempo fué la riña en que maté á un hombre frente á frente, y con peligro y con razon, como mucha gente que aún vive en el pueblo lo sabe; y huyendo del rigor de las pragmáticas, que castigan á sangre los desafíos,

escapé con buena fortuna, y pasando á los Países Bajos, tomé bandera en la compañía de infantes del señor don Hugo de Moncada, en la cual, por mis buenos servicios, alcancé indulto del homicidio, por los buenos oficios de mi capitán y por la clemencia del rey nuestro señor, que Dios guarde, y ya libre de pena, seguí mis aventuras de soldado. No extrañéis ni tomeis á mal que desde este punto os oculté por donde anduve, porque si os lo dijese vendríaís á sacar en limpio de qué familia es mi esposa, y su familia es tal y tan alta, que bien merece se guarde oculto su honor en el misterio, porque aunque mi esposa es, deshonra causa á su familia su casamiento con un soldado, siendo ella tan gran princesa.

—¡Princesa esa dama! dijo el alcalde Portocarrero poniéndose de pié.

—Sentáos, caballero, dijo Gabriel de Espinosa, con el mismo acento que hubiera usado un rey, al pronunciar aquella palabra.

El alcalde Portocarrero se sentó dominado por Gabriel de Espinosa, cuya figura se engrandecía para él de momento en momento.

IV.

Sayda Mirian callaba, y estaba confusa.

Gil Lopez abría desmesuradamente los ojos, y le parecía imprudente lo que Gabriel decía.

El alcalde Portocarrero, sin embargo, se mostraba de momento en momento más afable, más cortés y más interesado por Gabriel de Espinosa.

Este continuó:

V.

—Un día, en una recia batalla, no os diré dónde, caí tan herido, que sin mi esposa hubiera muerto.

—¡En la batalla estuvo esta dama! dijo suavemente al alcalde Portocarrero.

—No por cierto, señor alcalde; pero la batalla se dió cerca del lugar donde mi esposa vivía; por muerto me tuvieron, y esta herida de mi cabeza, y las que están señaladas en mi pecho, y esta de mi mano, prueban que hubo razón bastante para que por muerto se me tuviese; yo mismo creo que estuve difunto, y que si volví á la vida, fué porque me resucitaron las oraciones y el amor de mi esposa.

—Vuestra historia es tal, que maravilla, dijo el alcalde Portocarrero.

—Un día, continuó Gabriel, abrí los ojos, y ví junto á mí á María. Desde entonces la amo, señor. Cuidó de mí en secreto, con la paciencia y el amor de un ángel, y cuando mis heridas se cerraron por completo, cuando recobré las fuerzas, ya era imposible que nos separásemos: Dios nos había hecho esposos; éramos un alma sola, partida entre un hombre y una mujer, y un sacerdote bendijo aquella unión que Dios había hecho; huimos, porque era forzoso huir; mi esposa me lo sacrificó todo: su familia, su orgullo, sus riquezas; encubierta ha seguido mi suerte de soldado, y encubierta ha venido á Madrigal, á donde nos ha arrojado la pobreza, para vivir humildemente de lo poco que se gana en la pastele-

ria. Esto, caballero, á nadie lo he dicho más que á vos y á mi buen pariente Gil Perez; espero, pues, guardareis el secreto.

—Tenedlo por cierto; contad con que nada me habeis dicho, y honradme valiéndoos de mí en toda aquello que necesitáreis, y en que yo os pueda servir.

—Al tanto me ofrezco, señor alcalde, en lo poco que valgo y puedo.

—Y vos, señora, dijo el alcalde Portocarrero, no esteis confusa; habeis elegido esposo con vuestra libre voluntad, y se lo habeis sacrificado todo.

—¿Y qué sacrificio hay, dijo Sayda Mirian, que pueda sentirse, si por él se ha alcanzado un buen esposo?

—Teneis razon, señora, y yo os deseo largos años de felicidad.

El alcalde se puso de pié, y Gabriel, María y Gil Lopez se levantaron.

—Ved ahora, que despues de conoceros, dijo el alcalde Portocarrero dando la mano á Gabriel de Espinosa, no solo no me extraña, sino que creo muy justa vuestra cólera contra el diablo de estudiante que tenemos en la cárcel; le daremos cien azotes, le pondremos á la vergüenza durante ocho dias, dos horas por la tarde, y le echaremos de Madrigal, contando con el perdon del alguacil abofeteado; porque si éste no perdona, lo sentiré mucho, pero ahoreo al bachiller.

—Deseo que esto no suceda. Ahora bien; ¿teneis algo que mandarme, señor alcalde?

—Nada, sino que me tengais por muy vuestro amigo; y vos, señora, por muy vuestro servidor.

—Gracias, caballero, dijo Sayda Mirian; si un dia vuelvo á ser lo que he sido, os mostraré en cuanta estima os tengo. Hacedme ahora la merced de decirme vuestro nombre.

—El doctor don Luis de Portocarrero, alcalde de casa y córte.

La despedida se prolongó aún, en un tiroteo de palabras corteses, y al fin, Gabriel, María y Gil Perez salieron acompañados hasta la puerta por el alcalde.

Allí hubo otro nuevo combate de cumplimientos.

Cuando el doctor Portocarrero los vió alejarse, se metió para dentro murmurando:

—Mucho hombre me parece éste para pastelero; princesa es ella sin duda, que á la legua se la conoce que ha sido nacida en cuna altísima; y aunque él prueba lo de soldado y lo de pastelero, hay momentos, vive Dios, en que parece rey, y pone en temor con sus ojos y sus palabras; papeles falsos se hacen para encubrir secretos, y cosa es esta para poner en confusion al más avisado, y no saber qué haga para cumplir con su obligacion como debe.

El alcalde, que habia entrado en la sala baja, se sentó en su sillón, y se quedó profundamente meditabundo.

VI.

Entretanto, atravesando la plaza, decia Sayda Mirian á Gabriel de Espinosa:

—Me parece muy imprudente el aspecto que has tomado delante de ese hombre.

—Ese alcalde, con su semblante afable y sus buenas palabras, respondió Gabriel de Espinosa, es mucho más peligroso que don Rodrigo de Santillana con su carácter violento y descortés, y sus palabras duras. En la ocasion en que nos encontramos, es necesaria de todo punto la audacia, á fin de maravillarse á ese terrible alcalde. Ganemos unos dias, que despues, nada hay que temer.

VII.

El alcalde Portocarrero estaba dando vueltas á una cuestion teológica, para encontrar un sofisma que le sacare de la situacion en que se encontraba.

Hé aquí la proposicion que aquel juez se hacia á sí mismo:

«¿Es lícito faltar al juramento y al sigilo prometido, en servicio de Dios y del rey?»

La cuestion era árdua; porque tirase el alcalde por arriba, tirase por abajo, se encontraba siempre con que faltar al secreto que habia jurado á Gabriel de Espinosa, era incurrir en traicion.

Pero aquí de la argucia:

¿Si por no cometer una traicion en daño de un solo individuo, se incurre en traicion contra Dios, contra el rey y contra la República, se peca?

¿Si la traicion menor evita la traicion mayor, si la traicion menor causa menos perjuicios que la traicion mayor, debiendo evitarse con un perjuicio menor un mayor perjuicio, la traicion menor, no solo es lícita, sino que tambien justa y necesaria?

La traicion menor causa un menor perjuicio, y la traicion mayor perjuicios mayores; debe evitarse el perjuicio mayor, aun á costa de un perjuicio menor; *ergo* la traicion menor es lícita, la traicion menor es justa, la traicion menor es necesaria, la traicion menor es obligatoria.

El alcalde Portocarrero no hacia otra cosa que sumar y restar.

Sin embargo, su *ergo*, no era la conclusion de un silogismo, sino la conclusion de un sofisma; porque los términos de la proposicion eran precisos.

«Si el que jura el sigilo le quebranta, peca y debe evitarse el pecado; el que ha jurado el sigilo debe guardarlo, porque no debe incurrir en el pecado; el pecado no es lícito; quebrantar el sigilo es pecado; *ergo* no es lícito quebrantar el sigilo prometido.»

VIII.

En aquellos tiempos, la argumentacion entraba en todo, y para todo se echaba mano de ella, porque el escolasticismo era hasta tal punto el espíritu de los siglos XVI y XVII en España, que hasta en las comedias de nuestro teatro antiguo se encuentra infiltrada la argumentacion escolástica.

El amor en aquellas comedias, toma la doble forma del pleito y de la argumentacion, y la proposicion y el *ergo* asoman por todas partes, y lo que á muchos parece hoy gala del ingenio, no es otra cosa que el alambicamiento de la argucia y del sofisma.